

Alfonso Alcalde en cuento



El pequeño grupo de personas, casi todas parientes, se junta el domingo en la casa de los abuelos. Este domingo no puede ser como los otros de lluvia, en que las mujeres se dedican a la tarea de freír y servir docenas y docenas de sopaipillas. Este domingo la cuestión fue muy distinta. Cuando al abuelo se le pone una puntada, no hay quién se la

saque. Dice que tuvo por muchos años el invierno con todo lo que corresponde adentro: goteras, frío, viento y hasta barro, pero no quería morir sin una casita seca, y la tiene. Ahora se le puso que no quería partir como el añejo que vivió y no quiere más sopaipillas ni mujeres amasando y sirviendo. El dar órdenes no se le quita. "Pero está sí que estuvo buena", decían celebrando los más jóvenes, mientras los más adultos, llenos de emoción, secaban lágrimas y suspiraban. Los niños, esos estudiantes de básica, se iban pasando una concha de caracol grandote que se ponían en una oreja. Así, muy seriecitos, escuchaban, junto al mar, al que le tocaba el turno de leer.

Al abuelo le regalaron el libro "Alfonso Alcalde en cuento", y puso a hijos, nietos, yernos, y todo el que tuviera corazón a leer en voz alta, mientras el mate circulaba regalándole dulzura a la habitación tibia que el abuelo había soñado. Cuando su nieto leyó "Zapatos para Estuvigia", el abuelo lloró y prometió un par de zapatos a la abuela. Ella, muy tierna, le decía: "No importa si no me los compra, viejito, pero no se angustie, yo hace tiempo conquisté mis zapatos, los tengo sequitos y no tengo enemiga alguna".

Alfonso Alcalde, en su cuento "El peregrino del golfo", nos relata una gran comida entre los asistentes a la función, los artistas, el empresario y los animales del circo, en una noche de lluvia en la Octava Región. El abuelo, con incontenible emoción, pidió que cocinaran pescado y comieran todos antes de partir. En un abrir y cerrar de ojos se le dio en el gusto. Unos nietos mantenían la fogata, otros pelaban papas, otros cebollas, y las mujeres prepararon los platos y la mesa. Alguien abrió los tarros y ¡zaz!, caldillo de pescado. Faltó el vino. Hizo falta. No tanto por la costumbre que sólo el abuelo la tuvo y ya la abandonó entre un montón de penas gastadas a fuerza de uso diario. El vino hizo falta para que la once-comida tuviera un sabor alfonsino total, porque tenía lo de mar y la belleza de Alcalde en la dimensión de sus relatos.

Mientras el caldillo humeante aromaba la casa, los comentarios sobre los escritores chilenos eran verdaderos mensajes a nuestros valoresidos. Un jovencito preguntó si en toda América los escritores tendrían una vida tan accidentada y aventurera como en Chile. El abuelo le contestó que no sólo en América, que si estos domingos de lluvia y lectura continuaran, podríamos conocer al pie de la letra lo que ha pasado en la Madre Patria, en Alemania, en Francia, Italia, y sabríamos pormenores de sus vidas y de sus muertes. El abuelo sigue. Conoceremos de más escritores, así como hemos sabido hoy de este hombre universal, y hemos leído su obra en Chile; su gente, de carbón, de cobre, de salar, de vino, de comida, de lo más grande de este país. Sí, abuelo, pero hemos oído también el zumbido de miles de moscas en kilómetros de basura donde la vida humana son kilos de carne y hueso con instinto de conservación y una vaga idea de una dignidad hecha de revanchas.

Es la vida, hijo; es lo que una página policial te muestra, como noticia y nada más. Esos seres miserables cobran vida, sentimientos, alegrías y tristezas, amores, traiciones y venganzas sin salir de su mundo de realidad maloliente. Allí no hay felicidad de mentira. Es una felicidad angosta, corta y delgada, pero verdadera. Es más verdad la mujer que llora porque su hombre se fue preso y es feliz cuando él sale habiendo cumplido una condena, que aquella que en pocas horas todo lo arregla con dinero. Sacar al ser humano de la absoluta marginalidad y mostrar que tiene más que instintos, que tiene ambiciones pequeñas pero legítimas de personas es mostrarte un territorio habitado, urbanizado y todo, donde tú tienes mucho que hacer.